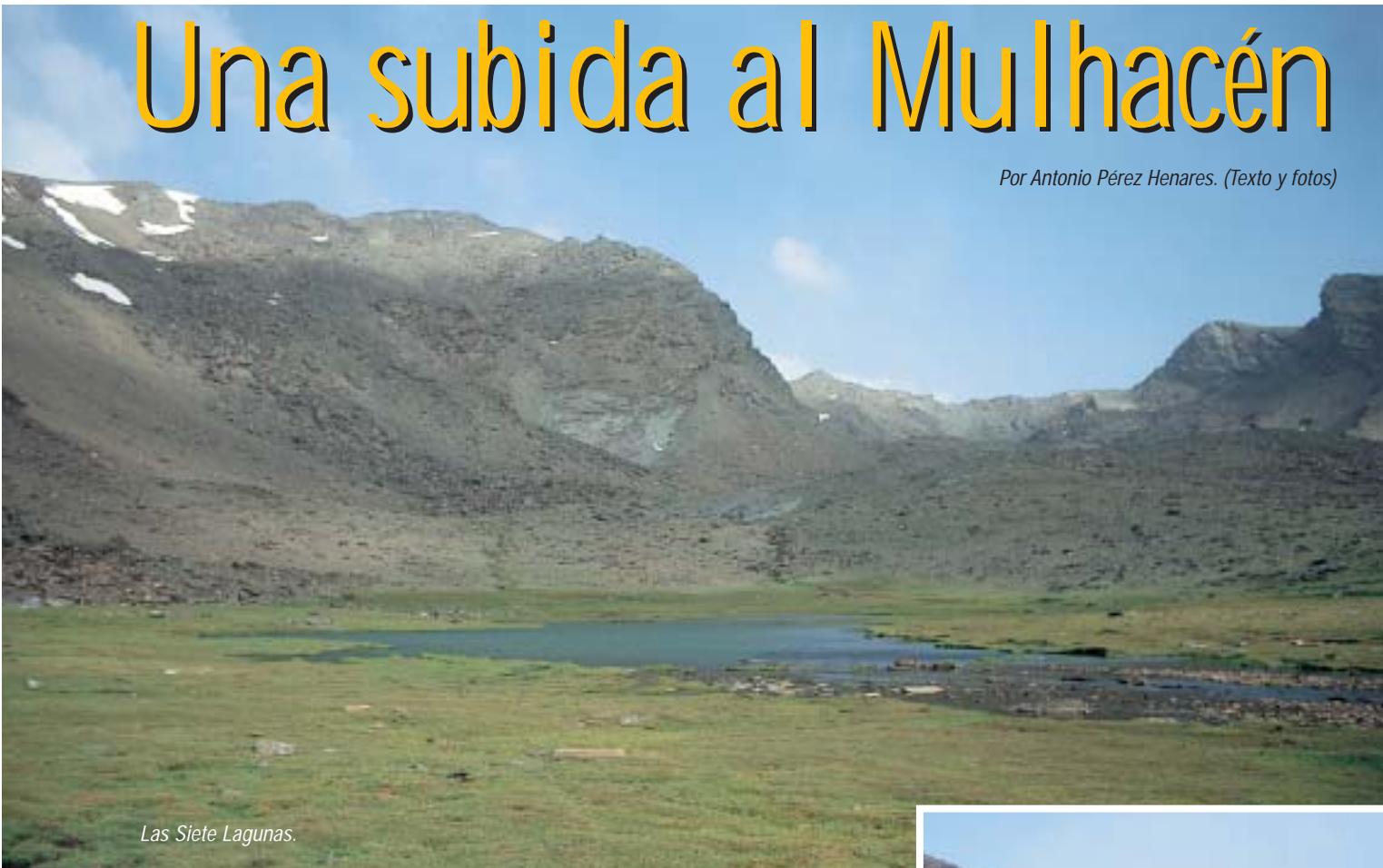




CRÓNICAS NATURALES

Una subida al Mulhacén

Por Antonio Pérez Henares. (Texto y fotos)



Las Siete Lagunas.

El canto de la codorniz, guarecida entre las juncadas y las hierbas frescas que rodeaban a la fuente en la ladera, se elevó en el aire del atardecer como un toque de campanillo que se extendió por la ladera alpujareña, por el hondo valle y pareció incluso rebotar en la costera de enfrente. El reclamo de la avecilla y el rumor del agua refrescaron el ánimo del caminante estimulándole a proseguir con mayor brío por la empinada senda.

En ella y desde la salida por las más que empinadas calles de Trevélez, quizá el peor repecho de todo el camino, me había ido cruzando con caballistas que descendían de los altos, curtidos y cetrinos, asentados con firmeza en sus esbeltas monturas, señores de la serranía que saludan con voz queda y

un gesto amable. El camino, sinuoso, está cruzado por arroyos todavía vigorosos aún en pleno estiaje, era por los finales de julio, que bajan con tumulto hacia el hondo valle que se desploma a nuestra derecha y en cuyo lado de enfrente blanquean las casas de los cortijos, como palomas albas posadas en la cuesta. El aire tiene en el crepúsculo una textura algo más que gaseosa, casi corpórea, de colores violáceos y anaranjados y olor a mies y a hierba. ¿Se han fijado ustedes que el campo huele más intensamente cuando se dispone a esperar la noche?

El camino hacia las Siete Lagunas.





Estoy ascendiendo el Mulhacén. No voy solo. La compañía es muy numerosa. Nada menos que tres centenares de muchachos de la Ruta Quetzal. Y por si fuera poco una ministra, Pilar del Castillo y algunos amigos han decidido unirse al intento. La larga fila india se retuerce hasta donde alcanza la vista senda abajo. Se ha comenzado la marcha cuando el sol ha debilitado la suya y no hay ya tarde ya cuando por fin remonto al lugar donde se ha previsto pernoctar: "La Campiñuela". Se ha decidido hacerlo allí para evitar impactos negativos al Parque Nacional, como sería el caso si se prosiguiera hasta las "Siete Lagunas" donde la frágil vegetación lacustre podría sufrir mucho. Además se ha optado por no montar tiendas sino vivaquear, ya que la noche cálida lo permite, aunque alguna nube y unas gotas de lluvia sorprendidas de ella, nos hicieran por instantes temer lo contrario. Duermo pues con las estrellas y el sueño me llega lentamente desde sus brillos. Despierto cuando la claridad comienza a abrirse paso por el este y puedo contemplar a mis anchas la hermosa inmensidad de valles y montes a mis pies mientras que enfrente sigue el desafío de las cumbres del Mulhacén y del Veleta, bajo los cuales aún perseveran grandes neveros. De ellos descienden arroyos poderosos. En la lejanía y con los prismáticos llego a divisar un rebaño de cabras hispánicas que se alejan y rápidamente trasponen después de remontar un collado.

El caminar es ahora enérgico, siguiendo la huella de Jesús Luna, el jefe de expedición. El relente del amanecer vivifica el paso y lo agiliza cuando firmemente se pone rumbo hacia las "Siete Lagunas" delatadas por la corriente de agua que en espumosa cascada cae desde lo alto y marca la ruta por donde habremos de subir. Lo hago mirando con envidia la elasticidad montuna de

La cuerda de la Ruta Quetzal.



cuatro jóvenes guardias civiles del grupo de montaña que nos preceden. Un teniente apenas treintañero los manda. Resulta que ha estado en el Everest y fue quien dirigió la cordada que hizo cima. Me confiesa que se quedó a sólo 150 metros de la cumbre sin poder llegar y con una costilla rota. El Mulhacén debe ser, para él, algo menos que un paseo.

Pero yo también remonto a la belleza de las "Siete Lagunas" y al borde de las frías aguas de la que las acaba por recoger a todas, la mas grande y lugar, me dicen, de reposo y pernocta de la famosa romería de Trevélez que sube su virgen cada año al pico más alto de la Península, descanso brevemente. A estas gentes de la Alpujarra, la prueba me la va dando toda la ascensión una familia con un chavalín que se nos ha unido, lo que les debe de cansar es andar por llano.

Pero a mi no. Desde las "Siete Lagunas" el repecho para remontar al largo y tendido collado que me llevará finalmente a cumbre me deja sin resuello. El casquijo y las piedras sueltas de la senda no ayudan precisamen-

te. Menos mal que el paisaje, con las lagunas ahora a los pies, lo vale todo y más aún cuando se llega al nivel de las ultimas nieves que perseveran contra el verano. Los pulmones se resienten ya de la altitud, se han pasado los tres mil metros y en los últimos kilómetros conviene tener esto presente, al igual que el viento que puede helarte el sudor en un descuido. Pero el pico, cada vez más cercano, es el definitivo acicate y hoy ya no me acuerdo de aquellos pasos dados con esfuerzo y fatiga sino del momento en que por fin estuve arriba y desde allí pude contemplar la otra vertiente, vertiginosa y desplomada, por la que sin duda yo no hubiera podido subir nunca.

Pero esas son cosas para Julio Oyarzabal que anda por los Himalayas y los ochomiles como los de Trevélez por las Alpujarras y estos techos peninsulares. Yo desciendo ahora hacia Capileira con el contento en los ojos, por lo que hoy me ha sido dado contemplar desde lo alto, y con la alegría en el corazón por no haberme rendido en la subida. Y una vez llegado abajo me considero con derecho a darme un homenaje de jamón bien curado envuelto en pan con tomate y de medio conejo a la brasa que me supo a todas las glorias del campo. La naturaleza no sólo ha de ser contemplación extasiada. Vamos, digo yo.

Jesús Luna, jefe de la expedición y el autor.

